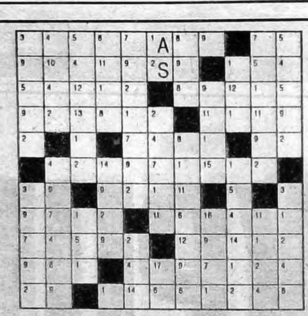
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES



S	A	L	O	N	■	P	A	P	E	L
O	■	E	M	E	R	I	T	O	■	I
L	A	■	I	T	A	L	O	■	U	D
■	D	O	T	A	B	A	M	O	S	■
C	A	S	I	■	O	■	O	D	A	S
A	L	E	R	O	■	O	S	E	R	O
P	I	O	■	S	E	R	■	R	A	S
I	D	■	R	A	M	A	S	■	S	E
T	■	P	E	R	I	T	O	S	■	G
A	C	O	M	E	T	E	D	O	R	A
L	O	R	O	■	E	■	A	S	A	R

EXPULSAR EL DAÑO



Página/2/3

Verano/12



HUMO EN EL ESPEJO

(Por Claudia Selser) Mirta había decidido no contestar el teléfono. Congelada junto al segundo cenicero repleto, repasaba una y otra vez la situación. ¿Cómo había llegado a ese estado de trapo de piso? Ella, que había podido sacar a flote a sus tres hijos cuando su marido aceptó el trabajo en la agregaduría militar en Venezuela cambiando la diaria llegada vespertina por un cheque bimestral de 150 dólares. Ella, que había comenzado como promotora de Avon a domicilio y era ahora auditora de ventas.

No iba a contestar aunque sonara toda la noche. Después de todo, no habían pasado más de cuatro meses desde la fiesta de Malala, cuando Daniel le había apretado la cintura con descaro segundos después de que los presentaran. Con ese vestido tan ajustado y tan negro son más verdes tus ojos, le había dicho contra el ascensor del departamento frente a la Plaza San Martín. "Mirá cómo me gustarás que sos la primer mujer que permito que fume en mi cuarto", le había dicho también después de hacerle el amor con una fogocidad que ella desconocía. Allí, desnudos entre sábanas descorridas, el humo del cigarrillo la había convertido en única. Unica, pensó, como en un gran espejo.

Ahora se ve llegando aquellas primeras noches siempre ajustada y de negro, golpeando la puerta de la que nunca tendría llave y congelando la mejor de las sonrisas para no salirse del espejo. "¿Qué pasa que cada vez me parecés más pintarrajeada?", le había dicho la noche en que le mostró la foto de *Vogue* con la modelo cara lavada —enterito celeste que ocultaba cualquier posible curva incipiente. La mujer de sus sueños, le había dicho. Y ella espió ese pelo engominado y casi desaparecido en el pequeño rodete de la nuca.

Ella, con su pelo afro serruchado a la altura de las orejas había sentido que se le desdibujaba aquel apretón de cintura. Vio a Daniel tan joven, con su despreocupada soltería de 27, miró otra vez la foto. A esa adolescente no la tendría relegada a encuentros clandestinos. La presentaría a sus amigos y compartiría desayunos impensables para una mujer como ella, con 34 años y la obligación de amanecer en su cama cada día por aquello de la imagen frente a los niños. Se vio levantándose y partiendo desordenada como quien quiere salirse del mundo por la ventana.

No contestaría el teléfono. Había ido bancando la sensación de pánico, de imparable caída. Se había morfado algún que otro desplante porque para él ella era única. Y lo había sido hasta anoche. "¿Qué hacés?", le dijo cuando se disponía a prender el cigarrillo de rigor. "¡Ah, no! Un poco está bien pero hasta cuándo vas a seguir con esa costumbre. Me molesta el humo en el cuarto, si querés fumalo en el pasillo." Ahora le retumban las palabras y se ve sentada en el banquito bajo el marco de la puerta, en bolas y más boluda que nunca, se escucha preguntarle si la quiere mientras tira el humo del cigarrillo hacia el living.

EXPULSAR

Es uno de los más desconocidos escritores de la generación del '60. Publicó poemas ("Edad del tiempo", "Libro de las fogatas", "Jardín de adultos"), cuentos ("Por ái cantaba Garay") y novelas ("Pata de palo", "El medio tango de Tony Hernández", "¿Dónde queda ese país"). Actualmente prepara un nuevo tomo de cuentos y dos de sus novelas permanecen inéditas. Colabora en "Play Boy", "Crisis" y en diarios y publicaciones del interior.

Por Ramón Plaza

Dije: "Quiero ir". En el coche éramos cinco. Quise mirar ese cielo de partida, grabar el instante en que el carro blanco se instaló en una ruta mojada, con absurda neblina. Los focos se reducían a rebajadas chispitas de luz. "La niebla no se comprime, tampoco se atraviesa, es un estado del mundo." Lo patético del reflexionar me puso de mal humor, como débil. Al rato, no sé por cuál ilusión del sueño, faltaban minutos para las cinco de la mañana, fabulé que la ruta era de tierra, polvosa a pesar del agua y el humo blanco que achicaba el contorno.

Tuve que preguntar si la ruta era asfaltada para convencerme de que no era de ripio o tierra. Las ruedas del auto chasqueaban de agua, parecían navegar dentro de un fuera de foco constante, ridículo.

El coche soplaba suave, alguien habló explicando la razón de la hora: "El brujo de los huevos, sabes, se maneja con los 'Poderes nocturnos'". Entendí que estábamos protegidos, nada nos molestaría. Desde casa hasta el lugar, no eran más que quince minutos de marcha, tal vez veinte.

Debíamos atravesar un valle hermoso en la luz del día, de un verde purísimo que contagia de alegría el ánimo. Ahora no. Me pregunté si algún abismo de alta montaña nos alojaría o no. El "no" llegó claro. Prendí un cigarrillo. Supe que hoy no moriríamos. Dos de los que iban —Sally, Héctor— ya habían estado allí. Su sensación frente al hecho de su nueva visita era una ilusión —vista desde mi eterno escepticismo— terapéutica, un ir para saber cómo se está, sin urgencia ni diabolidades. Una versión de Freud en el subdesarrollo, me decía a mí mismo como para justificar mi asistencia.

Paramos el coche casi en la puerta. Parqueados ahí tres vehículos, dos camionetas y un coche. La casa estaba pintada de un azul verdoso miserable, al costado de la casa se veía, muy recortada, con perfiles nítidos, una preocupante lámina de luz. Como si fuera la sombra de un gran cuchillo de un fascinante poder luminoso.

La calle sí era de tierra, y enfrente, un muro ruinoso anticipaba el abismo de una quebrada.

De la puerta surgió un negro de más o menos un metro ochenta, cara cuadrada, bigote oscuro y tenazmente recortado, ojos marrones de invisible y terco mirar.

El detalle más importante del rostro radicaba en la frente. Superficie amplia de cinco a siete centímetros de largo, recta y empinada hacia afuera, un balcón del cerebro semejaba. Pese a lo que se diga no daba impresión de inteligencia, sino de obcecación excitada.

La mano me dio una pista: derivaba rápida, mientras hablaba, entre el muslo y la rodilla. Allí, colgante, al estilo de los cowboy, limitando con la rótula, una pistolera. En su interior, presumo, una Colt de caño corto. Brillo había. La maligna lámina de luz golpeaba y hacía estrellar nuestros ojos en asombros y lucecitas.

Luego del arma venía el uniforme de policía rural, por el modo de caminar, la charla cansina, la exhibición genital de ese cuero sobado y sobado, me hizo presumir que no sería fácil ver al brujo.

Nos dijo que no. "Ustedes deben irse. El brujo saldrá a las seis y media rumbo a Machachi, donde tiene una hacienda.

"Ajá —dije sin hablarlo—, brujo y rico, parece cosa de mandinga." Héctor y Sally nos alentaron: "Si quieren verlo, deben quedarse. A todos les dice lo mismo".

En realidad yo no entendía muy bien por qué estaba allí. Ni tampoco qué hacían cinco humanos medianamente cultos metidos dentro de una madrugada desconocida y, en su estilo, inclemente.

La idea del daño que nos hace "otro", en secreto, a oscuras, no estaba presente en mí. Pensaba, objetivamente, en los míos: no de aquí, casi gringos en un país generoso en general, y duro, muy duro en particular. Sin protección, obligado por un contrato a trabajar en una empresa, sin la posibilidad inmediata de un cambio favorable en los próximos meses. El universo de preocupaciones se refería a daños concretos: un amigo que usa desvergonzadamente nuestro crédito, la dificultad de tener relaciones "queridas" donde los naturales son esquivos y desconfiados y los escasos compatriotas lucen un tono verdelástima terrible. Color que, tal vez para otros, también tenga nuestra imagen. Me perdí reflexionando sobre el drama del exilio voluntario. Qué significaba en propios y extraños esta voluntad de ir hacia cualquier parte. Repetir la historia de los padres, volver a un remoto paraíso perdido. Sonreí al recordar que el día antes, haciendo un trámite, al preguntárseme nacionalidad contesté: inmigrante.

Caminamos con Héctor un par de metros, quisimos internarnos al fondo de esa calle larga que parecía conducir recta hacia otro abismo. De un rumbo lejano estalló el tozudo avanzar de un camión sobre un repecho. Creí ver sus luces. La idea del día próximo nos cercaba. Era, sin duda, un amanecer distinto. Secos, sin alcohol, sin noche atrás, con sueño, maniatados por "poderes" que debían surgir de algún sitio. El "poder" no aparecía.

En cambio una sensación burguesa estallaba al chasquido de la puerta del auto cerrada con violencia.

El sonido, para la negra paz del lugar, estallaba alto, civilizadoramente corrupto. Una intromisión salvaje a un mundo anterior, de ninguna manera nuestro.

Quisimos alejarnos de esa casa, caminar en un vago reconocimiento hacia una posible aunque lejana huida. "No se puede lastimar el silencio", pensé varias veces sin transmitirlo. Unos perros, valientes para el mutuo desconcierto, nos obligaron a retroceder en busca de las mujeres. La puerta se abrió nuevamente. El diálogo idéntico. Héctor se obstinó aconsejar espera. Nos sometimos.

Caminé hacia el muro de enfrente. Percibí cómo los "daños" que el brujo arrancaba de los cuerpos se estrellaban contra ese derruido escombro. Temí acercarme, supuse contagio.

Quise estar más cerca para ver y no adivinar qué había detrás.

Observé algunos caballos pastando, más lejos otro muro igualmente descompuesto cercado el límite del corral. Aquí, dije en voz alta, deben existir millones de ratas. Traté de verlas en la oscuridad. La noche devolvía olor a hierbas, aroma a silencio, ruidos y estallidos lejanos como el pelear de las estrellas. Raro: estaba intensamente tranquilo.

Al volver hacia el auto, en afán de hacer tiempo, miré nuevamente la casa. Descubrí que la descripción de casa resultaba un claro engaño. Era un castillo, con más precisión: una disimulada fortaleza. "Si es difícil entrar, más difícil será salir", deduje con lucidez de borracho. La puerta de hierro tenía centenares de equis labradas y curvadas sobre las barras centrales. Luego que se repetía en una segunda puerta de solidez también temible. Sin embargo, no daban idea de antesala, de espera. Parecían custodiar una caja fuerte. Pero ésta no era de dinero o de valores materiales, ¿serán las puertas del conocimiento?, deduje algo asombrado.

Luego de la primera entrada se ascendían cuatro escalones que daban a una galería alta, allí se abría la segunda puerta y ésta a una arcada.

Como ambas eran de hierro forjado, dejaban ver el interior. Un objeto oblongo llamó mi atención varias veces. No pude discriminar de qué se trataba. La galería también estaba protegida, en la parte limítrofe a la calle, un juego de cercas rojas de dos milímetros de espesor impedían, para quien lo intentase, un escalamiento con éxito.

Al fondo, mirando desde mi posición, existía una ventana rectangular.

"Ese es el lugar donde opera el brujo", señaló explicando Héctor. La abertura brillaba roja. La intensidad me obligó a distraerme mirando hacia otra parte. El color era maligno, inclemente.

Alrededor de las seis de la mañana, el cielo se abría en claros que revelaban nubes grisáceas, el policía nos hizo pasar. Debimos mentir, las mujeres sobre todo.

El tener que inventar razones nos puso mal, nos ubicó en nuestra verdadera posición frente a la vida.

La superstición nos abandonaba y aparecía fea y desnuda la propia y repetida conducta.

En la alta galería miramos al cielo. Eran muchos "cielos" en realidad, nubes azules cortadas por próximas lluvias. Un monte que se enciende verde, festoneado por un musgo sucio con explosiones de niebla, topadoras y petróleo. Antes que nosotros había alrededor de seis o siete personas. Descubro que la lámina de luz espectral que se divisaba desde afuera es el santuario de una virgen. Anoto en mi memoria: las flores son de plástico. El manto rojo, con un curvilíneo hilo de oro (grueso), tiene, además, incrustaciones color hielo seco, y detalles lindando (para mí) con el barroco del mal gusto. Esto no sólo me desagrada sino que coloca mi ánimo en el punto exacto donde se unen la depresión y el malhumor.

Insólitamente los bancos de madera son cómodos. El objeto oblongo que llamó mi atención desde la calle: un sombrero de policía rural. Como los que se ven en las películas usa la policía montada en Canadá, pero aquí. Como la luz no es buena imagino que el sellito que tiene en la frente es la bandera de los piratas; las tibias cruzadas más la calavera espectral: "Qué menos para un brujo", supongo que pensé.

El policía insistía con su genitalidad ubidada en dos puntos opuestos del cuerpo: el sombrero, la pistolera. O tocaba uno, introducía su mano luego de acariciar el ala, en la parte interior, o con uno de sus dedos, el mayor, lo hacía deslizar por el interior del caño de la Colt. Repugnante.

Sentí (supe) que en otra circunstancia, no en ese lugar, yo tendría problemas con el negro. De parte de las mujeres existía una actitud de sorpresa, lejana sorpresa, conocida sorpresa.

Seguía extrañamente tranquilo. Olía el peligro del negro, su sexualidad exaltada vaya a saberse por qué vapores, miré a Beatriz, seguramente alguna actitud de ella lo había envalentonado. El gorila me preocupaba sin meterme miedo. Aunque no sea cierto, intuía que todo hombre que anda con sus huevos al aire, de un modo obsceno, es un cobarde. El negro adivinó qué cosa yo estaba pensando. Pero la lucha (si tal combate se realizó, tengo mis dudas) no se desarrolló en el terreno casi neutral (en este caso) de valentía/cobardía, estaba más allá. El entendió que yo no sólo no tenía nada que defender, sino que perder. La mujer que estaba conmigo, al margen de sus afilados mimos, no era mujer para mí, entonces sí no era para mí, no me importaba que fuera para otro o para nadie. Eso lo asustó. Se puso tonto cuando me levanté y lo encaré. En la frente del sombrero, además de un escudo con olor a falso, se dibujaban dos iniciales, de color marrón, hechas en un cuero fino. El trazado era interesante y en sus curvas, poderoso. Pero el centro de las letras, débil. Por ahí te meterán una bala, soñé. El también observó qué pensaba. Que fueran mis propias iniciales invertidas me dio aún más paz. Un ángulo de poder que yo no esperaba ganar tan fácilmente.

Algo le debo haber dicho con los ojos cuando hablamos. Seguro que en ese momento debió sentirse mal, o profundamente distraído. Ocuparlo era mi objetivo.

Volvía a los cómodos asientos de madera. Beatriz, afilando las uñas, se recostó en mi hombro, más tarde me di cuenta de que estaba



EXPULSAR EL DAÑO

Es uno de los más desconocidos escritores de la generación del '60. Publicó poemas ("Edad del tiempo", "Libro de las fogatas", "Jardín de adultos"), cuentos ("Por ái cantaba Garay") y novelas ("Pata de palo", "El medio tango de Tony Hernández", "¿Dónde queda ese país"). Actualmente prepara un nuevo tomo de cuentos y dos de sus novelas permanecen inéditas. Colabora en "Play Boy", "Crisis" y en diarios y publicaciones del interior.

Por Ramón Plaza

Dije: "Quiero ir". En el coche éramos cinco. Quise mirar ese cielo de partida, grabar el instante en que el carro blanco se instaló en una ruta mojada, con absurda neblina. Los focos se reducían a rebajadas chispitas de luz. "La niebla no se comprime, tampoco se atraviesa, es un estado del mundo." Lo patético del reflexionar me puso de mal humor, como débil. Al rato, no sé por cuál ilusión del sueño, faltaban minutos para las cinco de la mañana, fabulé que la ruta era de tierra, polvosa a pesar del agua y el humo blanco que achicaba el contorno.

Tuve que preguntar si la ruta era asfaltada para convencerme de que no era de ripio o tierra. Las ruedas del auto chasqueaban de agua, parecían navegar dentro de un fuera de foco constante, ridículo.

El coche soplaba suave, alguien habló explicando la razón de la hora: "El brujo de los huevos, sabes, se maneja con los 'Poderes nocturnos'". Entendí que estábamos protegidos, nada nos molestaría. Desde casa hasta el lugar, no eran más que quince minutos de marcha, tal vez veinte.

Debíamos atravesar un valle hermoso en la luz del día, de un verde purísimo que contagia de alegría el ánimo. Ahora no. Me pregunté si algún abismo de alta montaña nos alojaría o no. El "no" llegó claro. Prendí un cigarrillo. Supe que hoy no moriríamos. Dos de los que iban —Sally, Héctor— ya habían estado allí. Su sensación frente al hecho de su nueva visita era una ilusión —vista desde mi eterno escepticismo— terapéutica, un ir para saber cómo se está, sin urgencia ni diabolidades. Una versión de Freud en el subdesarrollo, me decía a mí mismo como para justificar mi asistencia.

Paramos el coche casi en la puerta. Parqueados ahí tres vehículos, dos camionetas y un coche. La casa estaba pintada de un azul verdoso miserable, al costado de la casa se veía, muy recortada, con perfiles nítidos, una preocupante lámina de luz. Como si fuera la sombra de un gran cuchillo de un fascinante poder luminoso.

La calle sí era de tierra, y enfrente, un muro ruinoso anticipaba el abismo de una quebrada.

De la puerta surgió un negro de más o menos un metro ochenta, cara cuadrada, bigote oscuro y tenazmente recortado, ojos marrones de invisible y terco mirar.

El detalle más importante del rostro radicaba en la frente. Superficie amplia de cinco a siete centímetros de largo, recta y empinada hacia afuera, un balcón del cerebro semejaba. Pese a lo que se diga no daba impresión de inteligencia, sino de obcecación excitada.

La mano me dio una pista: derivaba rápida, mientras hablaba, entre el muslo y la rodilla. Allí, colgante, al estilo de los cowboy, limitando con la rótula, una pistolera. En su interior, presumo, una Colt de caño corto. Brillo había. La maligna lámina de luz golpeaba y hacía estrellar nuestros ojos en asombros y lucecitas.

Luego del arma venía el uniforme de policía rural, por el modo de caminar, la charla cansina, la exhibición genital de ese cuero sobado y sobado, me hizo presumir que no sería fácil ver al brujo.

Nos dijo que no. "Ustedes deben irse. El brujo saldrá a la seis y media rumbo a Machachi, donde tiene una hacienda.

"Ajá —dije sin hablarlo—, brujo y rico, parece cosa de mandinga." Héctor y Sally nos alentaron: "Si quieren verlo, deben quedarse. A todos les dice lo mismo".

En realidad yo no entendía muy bien por qué estaba allí. Ni tampoco qué hacían cinco humanos medianamente cultos metidos dentro de una madrugada desconocida y, en su estilo, inclemente.

La idea del daño que nos hace "otro", en secreto, a oscuras, no estaba presente en mí. Pensaba, objetivamente, en los míos: no de aquí, casi gringos en un país generoso en general, y duro, muy duro en particular. Sin protección, obligado por un contrato a trabajar en una empresa, sin la posibilidad inmediata de un cambio favorable en los próximos meses. El universo de preocupaciones se refería a daños concretos: un amigo que usa desvergonzadamente nuestro crédito, la dificultad de tener relaciones "queridas" donde los naturales son esquivos y desconfiados y los escasos compatriotas lucen un tono verdelástima terrible. Color que, tal vez para otros, también tenga nuestra imagen. Me perdí reflexionando sobre el drama del exilio voluntario. Qué significaba en propios y extraños esta voluntad de ir hacia cualquier parte. Repetir la historia de los padres, volver a un remoto paraíso perdido. Sonreí al recordar que el día antes, haciendo un trámite, al preguntárseme nacionalidad contesté: inmigrante.

Caminamos con Héctor un par de metros, quisimos internarnos al fondo de esa calle larga que parecía conducir recta hacia otro abismo. De un rumbo lejano estalló el tozudo avanzar de un camión sobre un repecho. Creí ver sus luces. La idea del día próximo nos cercaba. Era, sin duda, un amanecer distinto. Secos, sin alcohol, sin noche atrás, con sueño, maniatados por "poderes" que debían surgir de algún sitio. El "poder" no aparecía.

En cambio una sensación burguesa estallaba al chasquido de la puerta del auto cerrada con violencia.

El sonido, para la negra paz del lugar, estallaba alto, civilizadoramente corrupto. Una intromisión salvaje a un mundo anterior, de ninguna manera nuestro.

Quisimos alejarnos de esa casa, caminar en un vago reconocimiento hacia una posible aunque lejana huida. "No se puede lastimar el silencio", pensé varias veces sin transmitirlo. Unos perros, valientes para el mutuo desconcierto, nos obligaron a retroceder en busca de las mujeres. La puerta se abrió nuevamente. El diálogo idéntico. Héctor se obstinó aconsejar espera. Nos sometimos.

Caminé hacia el muro de enfrente. Percibí cómo los "daños" que el brujo arrancaba de los cuerpos se estrellaban contra ese derruido escombro. Temí acercarme, supuse contagio.

Quise estar más cerca para ver y no adivinar qué había detrás.

Observé algunos caballos pastando, más lejos otro muro igualmente descompuesto cercado el límite del corral. Aquí, dije en voz alta, deben existir millones de ratas. Traté de verlas en la oscuridad. La noche devolvía olor a hierbas, aroma a silencio, ruidos y estallidos lejanos como el pelear de las estrellas. Raro: estaba intensamente tranquilo.

Al volver hacia el auto, en afán de hacer tiempo, miré nuevamente la casa. Descubrí que la descripción de casa resultaba un claro engaño. Era un castillo, con más precisión: una disimulada fortaleza. "Si es difícil entrar, más difícil será salir", deduje con lucidez de borracho. La puerta de hierro tenía centenares de equis labradas y curvadas sobre las barras centrales. Juego que se repetía en una segunda puerta de solidez también temible. Sin embargo, no daban idea de antesala, de espera. Parecían custodiar una caja fuerte. Pero ésta no era de dinero o de valores materiales, ¿serán las puertas del conocimiento?, deduje algo asombrado.

Luego de la primera entrada se ascendían cuatro escalones que daban a una galería alta, allí se abría la segunda puerta y ésta a una arcada.

Como ambas eran de hierro forjado, dejaban ver el interior. Un objeto oblongo llamó mi atención varias veces. No pude discriminar de qué se trataba. La galería también estaba protegida, en la parte limítrofe a la calle, un juego de cercas rojas de dos milímetros de espesor impedían, para quien lo intentase, un escalamiento con éxito.

Al fondo, mirando desde mi posición, existía una ventana rectangular.

"Ese es el lugar donde opera el brujo", señaló explicando Héctor. La abertura brillaba roja. La intensidad me obligó a distraerme mirando hacia otra parte. El color era maligno, inclemente.

Alrededor de las seis de la mañana, el cielo se abría en claros que revelaban nubes grisáceas, el policía nos hizo pasar. Debimos mentir, las mujeres sobre todo.

El tener que inventar razones nos puso mal, nos ubicó en nuestra verdadera posición frente a la vida.

La superstición nos abandonaba y aparecía fea y desnuda la propia y repetida conducta.

En la alta galería miramos al cielo. Eran muchos "cielos" en realidad, nubes azules cortadas por próximas lluvias. Un monte que se enciende verde, festoneado por un musgo sucio con explosiones de niebla, topadoras y petróleo. Antes que nosotros había alrededor de seis o siete personas. Descubro que la lámina de luz espectral que se divisaba desde afuera es el santuario de una virgen. Anoto en mi memoria: las flores son de plástico. El manto rojo, con un curvilíneo hilo de oro (grueso), tiene, además, incrustaciones color hielo seco, y detalles lindando (para mí) con el barroco del mal gusto. Esto no sólo me desagrada sino que coloca mi ánimo en el punto exacto donde se unen la depresión y el malhumor.

Insólitamente los bancos de madera son cómodos. El objeto oblongo que llamó mi atención desde la calle: un sombrero de policía rural. Como los que se ven en las películas usa la policía montada en Canadá, pero aquí. Como la luz no es buena imagino que el sellito que tiene en la frente es la bandera de los piratas; las tibias cruzadas más la calavera espectral: "Qué menos para un brujo", supongo que pensé.

El policía insistía con su genitalidad ubidada en dos puntos opuestos del cuerpo: el sombrero, la pistolera. O tocaba uno, introducía su mano luego de acariciar el ala, en la parte interior, o con uno de sus dedos, el mayor, lo hacía deslizar por el interior del caño de la Colt. Repugnante.

Sentí (supe) que en otra circunstancia, no en ese lugar, yo tendría problemas con el negro. De parte de las mujeres existía una actidud de sorpresa, lejana sorpresa, conocida sorpresa.

Seguía extrañamente tranquilo. Olía el peligro del negro, su sexualidad exaltada vaya a saberse por qué vapores, miré a Beatriz, seguramente alguna actitud de ella lo había envalentonado. El gorila me preocupaba sin meterme miedo. Aunque no sea cierto, intuía que todo hombre que anda con sus huevos al aire, de un modo obsceno, es un cobarde. El negro adivinó qué cosa yo estaba pensando. Pero la lucha (si tal combate se realizó, tengo mis dudas) no se desarrolló en el terreno casi neutral (en este caso) de valentía/cobardía, estaba más allá. El entendió que yo no sólo no tenía nada que defender, sino que perder. La mujer que estaba conmigo, al margen de sus afilados mimos, no era mujer para mí, entonces si no era para mí, no me importaba que fuera para otro o para nadie. Eso lo asustó. Se puso tonto cuando me levanté y lo encaré. En la frente del sombrero, además de un escudo con olor a falso, se dibujaban dos iniciales, de color marrón, hechas en un cuero fino. El trazado era interesante y en sus curvas, poderoso. Pero el centro de las letras, débil. Por ahí te meterán una bala, soñé. El también observó qué pensaba. Que fueran mis propias iniciales invertidas me dio aún más paz. Un ángulo de poder que yo no esperaba ganar tan fácilmente.

Algo le debo haber dicho con los ojos cuando hablamos. Seguro que en ese momento debió sentirse mal, o profundamente distraído. Ocuparlo era mi objetivo.

Volvía a los cómodos asientos de madera. Beatriz, afilando las uñas, se recostó en mi hombro, más tarde me di cuenta de que estaba mal sentado, mal puesto.



Pues nosotros, en vez de hacer un cerco donde los extremos fuesen Héctor y yo, nos sentamos de un modo que obligamos a las mujeres ser los extremos: Flori y Sally a la izquierda de Héctor, Beatriz a mi derecha.

El policía algo sabía de estrategia o del simple joder al otro, se ubicó al lado de Beatriz. Lo miré: jugaba con el sombrero, manoseaba la Colt. El calor de los dedos era rosado fuerte. Miré su boca: no, no había bebido, sin embargo un "tomar" de lo ajeno lo obsesionaba.

En el grupo existía cohesión, una sensación inquieta y de espera. Un alerta vago indicaba que en la misma dirección donde se había sentado el policía, también estaba el brujo. Le dimos fuego (yo). Lo hice sonriendo, provocando dificultades con el fósforo, obligándolo a bajar la cabeza. De ese modo empaté un error de Beatriz: ella le había convidado el cigarrillo.

Era obvio que Beatriz quería provocar una situación de violencia. Como yo lo supe desde el inicio, decidí vencer en la pulseada, sin tocarlo, demostrarle sólo una cosa: era un cobarde. Y eso para mí era poco, algo parecido a estar enfermo de la peor manera.

Displicentemente, comencé a charlar con Héctor. Hablamos de su próximo viaje.

Mientras reflexionaba, algo sucedió a mi derecha entre Beatriz y el negro, pero mi decisión era anterior. Yo no pelearía algo que para mí, de ningún modo, estaba en disputa. Dijo Héctor, yo no lo vi, que el negro (ella lo confirmó más tarde) apoyó una de sus manos en las rodillas de Beatriz.

De haberlo visto no hubiera reaccionado con inteligencia, sino con irritación y violencia. El no verlo evitó una pelea que presumo terminaría con el negro triunfante, su Colt en la mano, humeante. Testigos presenciales, y Beatriz que esa noche, la próxima, caminaría hacia la casa del negro, con la sumisión de las mujeres blancas ante la sexualidad africana. La suponen más vibrante. Tal vez no se equivoquen.

Se decidió sin ansiedades que primero entraríamos Beatriz y yo, luego Sally y Héctor, por último Flori.

Avancé, avanzamos. Le di la espalda al negro, pero antes, lo atropellé. Le di un codazo y no me di vuelta. Beatriz ni siquiera observó cómo me reía.

Abrí la puerta. La habitación primera era una sala, al lado una réplica del oratorio de entrada. Giramos en dirección al altar. Un poco más a la derecha un cuarto con bóveda en arco de medio punto. Un espacio pequeño, alto no más grande que un confesionario. En su interior, su majestad, "El Brujo".

Calculé que no tendría más de 50 años, robusto, me costaba verlo. No debía medir, exagerando, la visibilidad escasa, más de un metro sesenta y cinco o sesenta y siete.

Tenía la piel quemada. Cuero de zapato marrón lustrado, y arrugas. Las mismas que suceden con un calzado usado. Desde mí no llenaba la expectación del brujo como describe Castañeda a "Don Juan". Flaco, fibroso, de ojos vivos, con un áurea que le pertenece. No pude verle con la exactitud de mi deseo. Lo pequeño de la habitación lo convertía, por ser quien la ocupaba, en invisible.

La sensación era de un asco agobiante. Y por contradicción supuse que los "invisibles" éramos nosotros. El nos veía, y al vernos, nos ocultaba. Cuando cotejé mis recuerdos con los de Beatriz, ella me dijo: "Cómo no le viste los ojos, llenaban todo el cuarto".

Hizo un gesto perentorio con la mano, preguntó por sus cigarrillos (una de las formas de pago) y si habíamos traído velas. Las que llevábamos le parecieron impropias y en el caso de Beatriz le pidió que las pasara por la suela de sus botas; en el mío, las arrojó solemnemente a la basura.

Rincón que pareció emerger de la oscuridad.

Tomó la mano de Beatriz e invocó: "En el nombre de Cristo pregunto si la señora (pregunta el nombre) Beatriz tiene algún daño. Concédeme la concentración necesaria (palabras en latín, ¿se trata de un ex estudiante de cura o de un monaguillo aventajado?). Si, tiene daño señora. De dónde es". "Del norte", responde. "Párese", ordena. Sin miramiento, pidiendo ayuda con gestos, logra que Beatriz afloje su ropa: el cinto del pantalón, los botones de la camisa. Luego logra que Beatriz introduzca los tres huevos que ha traído en la parte extrema de la pelvis, sobre la entrada de la vagina. (Ajá, me digo, el asunto es con las aberturas.) Después ordena que se los frote como si se estuviera lavando. Con uno de ellos (ya utilizado) se da vuelta hacia mí y sobre una mesa (enorme para lo pequeño de la habitación, vi cómo la mesa emergía de un lugar desconocido, como si antes jamás hubiera estado) donde ahora hay cuatro velas encendidas. En ese momento descubro que toda la luz del lugar emerge de ellas. Una quinta vela aparece encendida en un fuera de foco. Entonces, como riéndose de mi creciente pánico, enciende la luz eléctrica y abre un ejemplar del Comercio, el suplemento de los domingos, justo en la página donde hay un texto mío, una foto que ríe con mi cara. El Brujo me mira como diciendo: "¿Qué otra cosa quieres que diga de ti?".

Rompe el primer huevo. La visión es horrorosa. Del interior surge, además de la yema, un pedazo negro (araña aplastada, escuerzo en descomposición, la caricia sobre la pierna de Beatriz hecha por el negro, jugo de rata molida). Del segundo, una serie de manchas color petróleo. Sólidos pedazos de vómito montañoso, algo más diminutas. Del tercero: islitas en descomposición, islitas negras navegando en un mar amarillo, pedazos de rocas. De un solo movimiento, algo dice con ella que yo no entiendo, hace un bollo con el papel. De tal modo lo efectúa, que lo único que queda expuesto y claro del arrugado papel es mi foto y las claras letras de mi nombre y apellido. Lo arroja a otro lugar, no al de las velas, un basurero que también parece brotar de una oscuridad que se hace compacta, a pesar de la brillante luz.

—Ya estará bien señora —dice— y le da un largo, intenso beso en la boca. Avanzo, pues ha llegado mi turno. La misma invocación. Al tomarme la mano dice:

—Usted está muy salado.

Y luego murmura algo que luego, por repetición, entiendo. Me levanta la ropa, ordena que me pare, manda que me siente. Coloca los huevos sobre la alta pelvis, me da un beso estremecedor en la cintura, más bien me chupa. Indica que pase los huevos por allí. Luego que los envuelva con mi sexo y los testículos. Obedezco. Luego pide que saque la lengua y tome uno de los huevos y los humedezca con la saliva.

Murmura cosas inintelegibles en mi oído. Toma un huevo, antes lo arranca de donde lo ha ubicado (la axila). Con gran ceremonia lo rompe mirándome a los ojos, haciéndome doler con esa mirada el rostro. Antes de abrirlo, me da un chupón en la boca.

Mi fantasía me decía que del interior del huevo saldrían escuerzos bailando rock, un dragón con boca de doncella, tres murciélagos, una ballena, dentaduras de cocodrilo. El huevo surge limpio. La operación se repite dos veces más. El brujo comienza a trabajar sobre las claras y las yemas.

La impresión es que los huevos son una ficción. El está manoseando mi cerebro, destrabando neuronas, ocupándose de la glucosa, atando circunvalaciones. Pasando sus manos de un hemisferio cerebral a otro.

Sé que mi voluntad está dispersa y no intento oponerme. Intuyo que no habrá daño.

El brujo, lentamente, va extrayendo de esa masa encefálica. (Por qué será ence/fálica? me digo mirando su trabajo.) El desorden de mi cabeza es coherente y disciplinario. Un cuidadoso revólver buscando las zonas altas, ubico la nuca, el centro de la voluntad, el corazón, la memoria. Brotan pedacitos de una roca color blanca. Brillan como gemas en esa luz. La más grande tiene el tamaño de un diente joven. Pone esa joya en mi mano. Ordena: "Pruébela".

Tardo en obedecer, miro mi cerebro volcado en el plato, y de allí extraigo una lejana voluntad. Tiene gusto a acíbar, a sal mineral tal vez. La repulsión es magnífica.

Dice: "Todo lo que usted gana —señala a Beatriz— lo gasta, ése es el mal que todos los días le hacen. Mejorará, andará bien. La curación demorará de seis meses a un año; sanará".

Pregunto cuánto debo y pago. Salimos. Me encuentro radiante y con ganas de creer. Beatriz está ahí, con la cara agredida y brumosa. Charlamos poco, incoherentemente.

Esperamos. Cada uno pregunta al otro cómo le fue. A Héctor pedazos negros que su imaginación aumenta. A Sally, sal, pero esto no me suena raro porque está decidido en el nombre. A Flori, pedazos negros y sangre y un trabajo: debe volver. Su curación no está terminada, su "mal" necesita de otra visita.

Nos vamos. Es de día. El sol brilla entrecortadamente. No hace frío hoy en ese lugar alto de América. El "Brujo", me dicen, se llama Panchito.

El lugar: lo he olvidado. Aquí, digo, se pierde fácilmente la memoria. La ruta es sólida de un feo color gris. Volvemos. No hay niebla, el camino luce despejado. Soy el único que sonríe.

EL DAÑO



mal sentado, mal puesto.

Pues nosotros, en vez de hacer un cerco donde los extremos fuesen Héctor y yo, nos sentamos de un modo que obligamos a las mujeres ser los extremos: Flori y Sally a la izquierda de Héctor, Beatriz a mi derecha.

El policía algo sabía de estrategia o del simple joder al otro, se ubicó al lado de Beatriz. Lo miré: jugaba con el sombrero, manoseaba la Colt. El calor de los dedos era rosado fuerte. Miré su boca: no, no había bebido, sin embargo un "tomar" de lo ajeno lo obsesionaba.

En el grupo existía cohesión, una sensación inquieta y de espera. Un alerta vago indicaba que en la misma dirección donde se había sentado el policía, también estaba el brujo. Le dimos fuego (yo). Lo hice sonriendo, provocando dificultades con el fósforo, obligándolo a bajar la cabeza. De ese modo empaté un error de Beatriz: ella le había convidado el cigarrillo.

Era obvio que Beatriz quería provocar una situación de violencia. Como yo lo supe desde el inicio, decidí vencer en la pulseada, sin tocarlo, demostrarle sólo una cosa: era un cobarde. Y eso para mí era poco, algo parecido a estar enfermo de la peor manera.

Displicentemente, comencé a charlar con Héctor. Hablamos de su próximo viaje.

Mientras reflexionaba, algo sucedió a mi derecha entre Beatriz y el negro, pero mi decisión era anterior. Yo no pelearía algo que para mí, de ningún modo, estaba en disputa. Dijo Héctor, yo no lo vi, que el negro (ella lo confirmó más tarde) apoyó una de sus manos en las rodillas de Beatriz.

De haberlo visto no hubiera reaccionado con inteligencia, sino con irritación y violencia. El no verlo evitó una pelea que presumo terminaría con el negro triunfante, su Colt en la mano, humeante. Testigos presenciales, y Beatriz que esa noche, la próxima, caminaría hacia la casa del negro, con la sumisión de las mujeres blancas ante la sexualidad africana. La suponen más vibrante. Tal vez no se equivoquen.

Se decidió sin ansiedades que primero entraríamos Beatriz y yo, luego Sally y Héctor, por último Flori.

Avancé, avanzamos. Le di la espalda al negro, pero antes, lo atropellé. Le di un codazo y no me di vuelta. Beatriz ni siquiera observó cómo me reía.

Abrí la puerta. La habitación primera era una sala, al lado una réplica del oratorio de entrada. Giramos en dirección al altar. Un poco más a la derecha un cuarto con bóveda en arco de medio punto. Un espacio pequeño, alto no más grande que un confesionario. En su interior, su majestad, "El Brujo".

Calculé que no tendría más de 50 años, robusto, me costaba verlo. No debía medir, exagerando, la visibilidad escasa, más de un metro sesenta y cinco o sesenta y siete.

Tenía la piel quemada. Cuero de zapato marrón lustrado, y arrugas. Las mismas que suceden con un calzado usado. Desde mí no llenaba la expectación del brujo como describe Castañeda a "Don Juan". Flaco, fibroso, de ojos vivos, con un áurea que le pertenece. No pude verle con la exactitud de mi deseo. Lo pequeño de la habitación lo convertía, por ser quien la ocupaba, en invisible.

La sensación era de un asco agobiante. Y por contradicción supuse que los "invisibles" éramos nosotros. El nos veía, y al vernos, nos ocultaba. Cuando cotejé mis recuerdos con los de Beatriz, ella me dijo: "Cómo no le viste los ojos, llenaban todo el cuarto".

Hizo un gesto perentorio con la mano, preguntó por sus cigarrillos (una de las formas de pago) y si habíamos traído velas. Las que llevábamos le parecieron impropias y en el caso de Beatriz le pidió que las pasara por la suela de sus botas; en el mío, las arrojó solemnemente a la basura.

Rincón que pareció emerger de la oscuridad.

Tomó la mano de Beatriz e invocó: "En el nombre de Cristo pregunto si la señora (pregunta el nombre) Beatriz tiene algún daño. Concédeme la concentración necesaria (palabras en latín, ¿se trata de un ex estudiante de cura o de un monaguillo aventajado?). Sí, tiene daño señora. De dónde es". "Del norte", responde. "Párese", ordena. Sin miramiento, pidiendo ayuda con gestos, logra que Beatriz afloje su ropa: el cinto del pantalón, los botones de la camisa. Luego logra que Beatriz introduzca los tres huevos que ha traído en la parte extrema de la pelvis, sobre la entrada de la vagina. (Ajá, me digo, el asunto es con las aberturas.) Después ordena que se los frote como si se estuviera lavando. Con uno de ellos (ya utilizado) se da vuelta hacia mí y sobre una mesa (enorme para lo pequeño de la habitación, vi cómo la mesa emergía de un lugar desconocido, como si antes jamás hubiera estado) donde ahora hay cuatro velas encendidas. En ese momento descubro que toda la luz del lugar emerge de ellas. Una quinta vela aparece encendida en un fuera de foco. Entonces, como riéndose de mi creciente pánico, enciende la luz eléctrica y abre un ejemplar del Comercio, el suplemento de los domingos, justo en la página donde hay un texto mío, una foto que rie con mi cara. El Brujo me mira como diciendo: "¿Qué otra cosa quieres que diga de ti?".

Rompe el primer huevo. La visión es horrorosa. Del interior surge, además de la yema, un pedazo negro (araña aplastada, escuerzo en descomposición, la caricia sobre la pierna de Beatriz hecha por el negro, jugo de rata molida). Del segundo, una serie de manchas color petróleo. Sólidos pedazos de vómito montañoso, algo más diminutas. Del tercero: islitas en descomposición, islitas negras navegando en un mar amarillo, pedazos de rocas. De un solo movimiento, algo dice con ella que yo no entiendo, hace un bollo con el papel. De tal modo lo efectúa, que lo único que queda expuesto y claro del arrugado papel es mi foto y las claras letras de mi nombre y apellido. Lo arroja a otro lugar, no al de las velas, un basurero que también parece brotar de una oscuridad que se hace compacta, a pesar de la brillante luz.

—Ya estará bien señora —dice— y le da un largo, intenso beso en la boca. Avanzo, pues ha llegado mi turno. La misma invocación. Al tomarme la mano dice:

—Usted está muy salado.

Y luego murmura algo que luego, por repetición, entiendo. Me levanta la ropa, ordena que me pare, manda que me siente. Coloca los huevos sobre la alta pelvis, me da un beso estremecedor en la cintura, más bien me chupa. Indica que pase los huevos por allí. Luego que los envuelva con mi sexo y los testículos. Obedezco. Luego pide que saque la lengua y tome uno de los huevos y los humedezca con la saliva.

Murmura cosas inintelegibles en mi oído. Toma un huevo, antes lo arranca de donde lo ha ubicado (la axila). Con gran ceremonia lo rompe mirándome a los ojos, haciéndome doler con esa mirada el rostro. Antes de abrirlo, me da un chupón en la boca.

Mi fantasía me decía que del interior del huevo saldrían escuerzos bailando rock, un dragón con boca de doncella, tres murciélagos, una ballena, dentaduras de cocodrilo. El huevo surge limpio. La operación se repite dos veces más. El brujo comienza a trabajar sobre las claras y las yemas.

La impresión es que los huevos son una ficción. El está manoseando mi cerebro, destrabando neuronas, ocupándose de la glucosa, atando circunvalaciones. Pasando sus manos de un hemisferio cerebral a otro.

Sé que mi voluntad está dispersa y no intento oponerme. Intuyo que no habrá daño.

El brujo, lentamente, va extrayendo de esa masa encefálica. (Por qué será ence/fálica? me digo mirando su trabajo.) El desorden de mi cabeza es coherente y disciplinario. Un cuidadoso revólver buscando las zonas altas, ubico la nuca, el centro de la voluntad, el corazón, la memoria. Brotan pedacitos de una roca color blanca. Brillan como gemas en esa luz. La más grande tiene el tamaño de un diente joven. Pone esa joya en mi mano. Ordena: "Pruébela".

Tardo en obedecer, miro mi cerebro volcado en el plato, y de allí extraigo una lejana voluntad. Tiene gusto a acíbar, a sal mineral tal vez. La repulsión es magnífica.

Dice: "Todo lo que usted gana —señala a Beatriz— lo gasta, ése es el mal que todos los días le hacen. Mejorará, andará bien. La curación demorará de seis meses a un año; sanará".

Pregunto cuánto debo y pago. Salimos. Me encuentro radiante y con ganas de creer. Beatriz está ahí, con la cara agredida y brumosa. Charlamos poco, incoherentemente.

Esperamos. Cada uno pregunta al otro cómo le fue. A Héctor pedazos negros que su imaginación aumenta. A Sally, sal, pero esto no me suena raro porque está decidido en el nombre. A Flori, pedazos negros y sangre y un trabajo: debe volver. Su curación no está terminada, su "mal" necesita de otra visita.

Nos vamos. Es de día. El sol brilla entrecortadamente. No hace frío hoy en ese lugar alto de América. El "Brujo", me dicen, se llama Panchito.

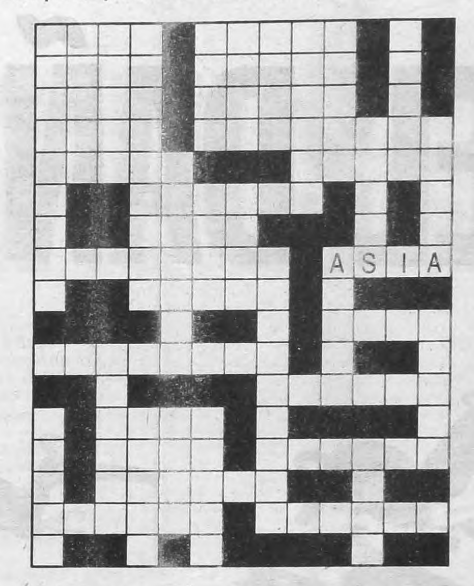
El lugar: lo he olvidado. Aquí, digo, se pierde fácilmente la memoria. La ruta es sólida de un feo color gris. Volvemos. No hay niebla, el camino luce despejado. Soy el único que sonríe.

BUENO SU ULTIMA VOLUNTAD FUE CUMPLIDA AHORA PASEMOS A LAS COSAS SERIAS

REISER

ACOMODO Por A. Freire

Coloque las palabras de manera que se crucen.



4 LETRAS: AREL - ~~ASIA~~ - ATES - BODA - CARA - CERO - EROS - GRIS - IMAN - LANA - MASA - ONAS - ORAN - ORIN - RICA - URAL. **5 LETRAS:** ABACO - ALETA - APTOS - ARARA - ARGON - EDEMA - GORRA - NASOS - NOPAL - OMASO - OSADO - PRISA - RASAS - REMOS - SOTAS - SUAVE - TOROS. **6 LETRAS:** ALARDE - AÑICOS - COMUNA - GULOSA - OMITIR - PRECOZ - RANCIA - SAZONA. **7 LETRAS:** SUMEMOS. **8. LETRAS:** AZUCENAS - REPOSADO - SALUDARA. **9 LETRAS:** ANALOGICO - COMUNICAR - SOBORNARA.

INGENIO
PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar el diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se toman en cuenta.) La palabra buscada sólo usa letras que figuran en el diagrama.

V E L O Z	1
C O L O R	2
J A B O N	2
H A B A S	2
C R I A N	3

Solución



SOLUCION: La palabra oculta es calan.